

—Digádesme, veladores,
Digádesme la verdade:
¿El castillo de Consuegra
Si sabeis por quien estae?
—El castillo con la villa
Por el prior de San Juane.
—Pues abrid luego las puertas;
Catalde aqui donde estae.—
La guarda desde lo oyó
Abriólas de par en par.
—Tomases allá ese macho,
D'él muy bien quieras curare:
Déjeme la vela á mi,
Que yo la quiero velare.
¡Velá, velá, veladores,
Así mala rabia os mate;
Que quien á buen señor sirve
Este galardón le dane.—
El Prior estando en esto
El Rey que llegado hae,
Halló las guardas velando,
Comenzóles de hablare.
—Decidme, los veladores,
Que Dios os guarde de male,
¿El castillo de Consuegra
Por quien se tiene ó estae?
—El castillo con la villa
Por el prior de San Juane.
—Pues abrid luego las puertas
Que veislo aqui donde estae.
—Afuera, afuera, buen Rey,
Qu'el Prior llegado hae.—
—¡Macho rucio, dijo el Rey,
Muermo te quiera matare!
Siete caballos me has muerto
Y con este ocho serane.
Abreme tú, buen Prior,
Alá me dejes entrare:
Por mi corona te juro
De no hacerte ningún male.
Hacéroslo, el buen Rey,
Agora en mi mano estae;—
Mandárale abrir la puerta,
Dióle muy bien de cenare.

(TIMONEDA. Rosa española. — It. Wolf, Rosa de romances.)

Reimpreso por el Sr. Wolf, y tan semejante al que le precede, que pudiera excusarse el repetirle aqui; pero como es mejor y mas completo, nos ha parecido deber reproducirle, sin omitir el anterior. Las mismas reflexiones hechas para aquel le convienen en un todo á este.

976.

EL REY BERMEJO, DE GRANADA, PIDE AL REY DON PEDRO SOCORRO CONTRA SU HERMANO, Y EL REY LO HACE MATAR SOBRE SEGURO.

(Anónimo.)

Dia fué muy aciago
¡Ay qu'el alma me lo daba!
Cuando partí de mi reino
Y del Alhambra mi casa
Con trescientos de mis moros;
Todos eran de mi guarda,
Y entre ellos uno escogido,
Que Don Edriz se llamaba:
Hijo es de Ozmin el bravo,
Muy aventajada lanza,
El que prendió á los Infantes
En la Vega de Granada.
Yo tomé todas mis joyas
Para al rey Don Pedro dallas,
Y llegando á una villa
Que Veana se nombraba,
Y á Gutierre de Toledo
En ella me encomendara,
Roguéle que me llevase

Donde el rey Don Pedro estaba:
Al Prior le plació d'ello
Y al Rey me presentara,
Dijo:— Dios te salve, el Rey,
Y ensalce corona y fama;
Yo me pongo en la tu mano,
Ruégote qu'ella me vala,
Que mi hermano Mahomad
Se me ha entrado por Granada.
Si tú me vales, el Rey,
Siempre yo te daré parias.—
Respondióle el rey Don Pedro,
Mostrándole alegre cara:
—Seais bien venido, Rey,
Reposad en la mi casa,
Que la ayuda que es posible
Jamás os será negada.—
Mandaróme aposentar
En una buena posada;
Don Garcia de Toledo
A cenar me convidara.
Estando con él comiendo
Entró mucha gente armada,
A mí y á mis caballeros,
Los que estaban á la tabla,
Nos prenden con desmesura
Y las joyas nos quitaban.
A mí y á todos los míos
Meten en la Tarazana.
Y luego dende á dos dias,
Un martes en la mañana,
Sacáronme sobre un asno
Con mi ropa de escarlata
A un campo que se decia
El campo de la Tablada.
Allí vino el rey Don Pedro
En un caballo, con lanza:
Treinta y siete buenos moros
Que vinieron de Granada
Hizo luego hacer pedazos,
A ninguno perdonara,
Y llegando al rey Bermejo
Dióle una mortal lanzada,
Diciendo:— Toma, avevoso,
Que jamás se me olvidara
Que hice una pleitesia
Con el rey de Aragon mala
Por tí, do perdí el castillo
De Ariza y su comarca.—
Respondióle el rey moro
En su lengua estas palabras:
—¡ Rey Don Pedro, rey Don Pedro,
Hecho has corta cabalgada!

(SEPÚLVEDA, Romances nuevamente sacados, etc.)

977.

MATA EL REY DON PEDRO, SOBRE SEGURO Y PARA APODERAR DE SUS RIQUEZAS, Á MAHOMAD REY DE GRANADA.

(Anónimo.)

Mahomad, rey de Granada,
A Sevilla habia llegado
Con cincuenta caballeros
Que lo venian guardando.
Muchas joyas trae el moro
Para ese rey castellano:
Don Pedro era el Cruel
El que tenia el reinado.
Viénele á pedir ayuda,
Que el Rey se la habia mandado,
Que tiene guerra con moros,
De él quiere ser ayudado.
Mandaralo el Rey prender,
Llévanlo muy maltratado,
Tomóle lo que traia,
Y á Tablada lo han llevado,
Donde al rey moro y los suyos

A las cañas han jugado:
El Rey como es tan cruel
De crueldad habia usado;
Tiróle al moro una lanza,
El propio con la su mano:
Pasóle de parte á parte,
Lo que á rey no era dado.
El rey moro en alta voz
En arábigo ha hablado,
Dijo:— ¡ Oh qué torpe triunfo,
Rey Pedro, habéislo ganado
En matar á mi sin causa,
Con sed que te habia cegado
De mi sangre y mis tesoros
Que tú me habias tomado!—
Tambien matara á los suyos
Que ninguno habia dejado:
Todos mueren á las cañas,
Que el mal Rey lo habia mandado.

(SEPÚLVEDA, Romances nuevamente sacados, etc.)

978.

MUERE EL REY DON PEDRO Á MANOS DE SU HERMANO BASTARDO DON ENRIQUE.

(Anónimo.)

Los fieros cuerpos revueltos
Entre los robustos brazos
Están el cruel Don Pedro
Y Don Enrique su hermano.
No son abrazos de amor
Los que los dos se están dando,
Que el uno tiene una daga
Y otro un puñal acerado.
El Rey tiene á Enrique estrecho
Y Enrique al Rey apretado,
Uno en cólera encendido
Y otro de rabia abrasado:
Y en aquesta fiera lucha
Solo un testigo se ha hallado,
Paje de espada de Enrique
Que de afuera mira el caso.
Después de luchar vencidos
¡ Oh suceso desgraciado!
Que ambos vinieron al suelo,
Y Enrique cayó debajo.
Viendo el paje á su señor
En tan peligroso caso,
Por detras al Rey se allega,
Reciamente de él tirando,
Diciendo:— No quito Rey
Ni pongo Rey de mi mano,
Pero hago lo que debo
Al oficio de criado.—
Y dió con el Rey de espaldas
Y Enrique vino á lo alto,
Hiriendo con un puñal
En el pecho del Rey falso,
Donde á vueltas de la sangre,
El vital hilo cortando,
Salió el alma mas cruel
Que vivió en pecho cristiano.

(Romancero general.)

979.

LAMENTAN LOS LEALES CASTELLANOS LA MUERTE DE SU REY DON PEDRO, Y LOS TRAIADORES PARTIDARIOS DEL BASTARDO DON ENRIQUE LA CELEBRAN.

(Anónimo.)

A los piés de Don Enrique
Yace muerto el rey Don Pedro,
Más que por su valentía,
Por voluntad de los cielos.
Al envainar el puñal
El pié le puso en el cuello,

Que aun allí no está seguro
De aquel invencible cuerpo.
Riñeron los dos hermanos,
Y de tal suerte riñeron,
Que fuera Cain el vivo
A no haberlo sido el muerto.
Los ejércitos movidos
A compasion y contento,
Mezclados unos con otros
Corren á ver el suceso;
«Y los de Enrique
» Cantan, repican y gritan:
» Viva Enrique; y los de Pedro
» Clamorean, doblan, lloran
» Su Rey muerto.»
Unos dicen que fué justo,
Otros dicen que mal hecho,
Que el Rey no es cruel si nace
En tiempo que importa serlo,
Y que no es razon que el vulgo
Con el Rey entre á consejo,
A ver si casos tan graves
Han sido bien ó mal hechos;
Y que los yerros de amor
Son tan dorados y bellos,
Cuanto la hermosa Padilla
Ha quedado por ejemplo;
Que nadie verá sus ojos
Que no tenga al Rey por cuerdo,
Mientras que como otro Rodrigo
No puso fuego á su reino:
«Y los de Enrique» etc.
Los que con ánimos viles,
O por lisonja ó por miedo,
Siendo del bando vencido
Al vencedor siguen luego,
Valiente llaman á Enrique,
Y á Pedro tirano y ciego,
Porque amistad y justicia
Siempre mueren con el muerto.
La tragedia del Maestre,
La muerte del hijo tierno,
La prision de Doña Blanca,
Sirven de infame proceso.
Algunos pocos leales
Dan voces, pidiendo al cielo
Justicia, pidiendo al Rey,
Y mientras que dicen esto,
«Los de Enrique» etc.
Llora la hermosa Padilla
El desdichado suceso
Como esclava del Rey vivo,
Y como viuda del muerto.
¡ Ay, Pedro, que muerte infame
Te han dado malos consejos,
Confianzas engañosas,
Y atrevidos pensamientos!
Salió corriendo á la tienda,
Y vió con triste silencio
Llevar cubierto á su esposo
De sangre y de paños negros;
Y que en otra parte á Enrique
Le dan con aplauso el cetro.
Campanas tocan los unos,
Y los otros, instrumentos;
«Y los de Enrique» etc.
Con o acrecienta el dolor
La envidia del bien ajeno,
Y el ver á los enemigos
Con favorable suceso;
Así la triste señora
Llora y se deshace, viendo
Cubierto á Pedro de sangre,
Y Enrique de oro cubierto.
Echó al cabello la mano,
Sin tener culpa el cabello,
Y mezclando perlas y oro,
De oro y perlas cubrió el cuello:
Quiso decir, Pedro, á voces,

Villanos, vive en mi pecho,
Mas poco le aprovechó;
Y mientras lo está diciendo,
«Los de Enrique» etc.
Rasgó las tocas mostrando
El blanco pecho encubierto,
Como si fuera cristal
Por donde se viera Pedro.
No la vieron los contrarios,
Y vióla invidioso el cielo,
De ver en tan poca nieve
Un elemento de fuego:
Desmayóse, ya vencida
Del poderoso tormento,
Cubriendo los bellos ojos
Muerte, amor, silencio y sueño.
Entre tanto el campo todo
Aquí y allí van corriendo,
Vencedores y vencidos,
Soldados y caballeros;
«Y los de Enrique
Cantan, repiten, y gritan:
«Viva Enrique; y los de Pedro
Clamorean, doblan, lloran
«Su Rey muerto.»

(Romancero general.)

¹ Es un bellissimo romance, lleno de poesía y robusta versificación. En él no hay palabra ni imagen que no sean oportunas. La elevación de los sentimientos, la concisión vigorosa con que se expresan, la hermosa y robusta versificación de este romance, y los mismos defectos que tal vez le afean por el prurito de ostentar sutileza en los pensamientos y las imágenes, nos inclinan á creer que es obra de Góngora, aquel mismo poeta que, compitiendo con el Ariosto, compuso el romance de Angélica y Medoro, que dice: *En un pastoral albergue*. Compárense uno y otro, y se hallará no solo semejanza, sino identidad en algunos accidentes de la composición. Góngora, mas que nadie, dió al romance toda la aptitud noble y enérgica capaz de expresar asuntos épicos.

² Casi todos los soberanos y monarcas, á quienes las clases altas de la sociedad, y los historiadores contrarios á ellos, han llamado tiranos y crueles, han sido muy populares. El pueblo ha llamado justos á Tiberio, á Neron, y á Don Pedro el Cruel; y así pudo ser, porque su cuchilla se ensañaba particularmente contra los ricos y grandes que oprimian al pueblo, el cual veía con gusto caer sus cabezas, y su riqueza empleada y repartida en parte entre las clases bajas que la envidiaban. Así los que sufrían llamaban tiranos á ciertos reyes, mientras que los que gozaban los llamaban justos. Nuestro rey Don Pedro fué tanto mas popular, cuanto destruyendo á los rebeldes poderosos que le hostigaban, acudia al pueblo para dominarlos, y mientras los abatía, ensalzaba las clases medias, y satisfacía la especie de envidia y celos que siempre existe entre los poderosos y los desvalidos.

³ Anacronismo evidente es hacer lamentar á la Padilla la muerte de Don Pedro, cuando es histórico que esta dama falleció con anterioridad á la fatal catástrofe de su amado. Perdónase sin embargo al poeta esta falta, por haberle proporcionado una situación tan bella, tan interesante y tan dramática como la que aquí se ve.

980.

RESÚMEN DE LA HISTORIA DEL REY DON PEDRO EL CRUEL

(De Lorenzo de Sepúlveda.)

Fallecido es el buen Rey,
Don Alfonso era llamado,
El onceno d'este nombre
Que ántes dél había reinado.
Murió sobre Gibraltar
Que el Rey tenía cercado:
Falleció de pestilencia,
Mucho á Castilla ha pesado,
Que era Rey muy querido
De sus reinos muy amado.
Hobo los reinos su hijo,
El Cruel Pedro llamado.
Casóse con Doña Blanca
Y luego la había dejado.
Fuése para Montalvan,
Que allí es barragano,

Con María de Padilla
Que lo tiene enhechizado.
Fué enhechizado d'esta suerte:
La Reina al Rey había dado
Una cinta mucho rica
De oro muy bien labrado,
Con perlas, piedras preciosas
De valor muy estimado:
Ceñala el rey Don Pedro
Con placer, de muy buen grado,
Porque se la dió la Reina,
Que dél era muy amado.
Doña María de Padilla
La cinta hobiera en su mano.
Dióla en poder de un judío
Que era mágico y sabio;
Puso en ella tales cosas
Que al Rey mucho han espantado,
Que en ciñéndola en su cuerpo
Culebra le ha semejado.
Cobró de ella gran pavor;
Qu'era aquello ha preguntado;
Los parientes de su amiga
Al Rey habían engañado:
Dijéronle que la Reina
Con ella quería matarlo;
Mucho la desama el Rey,
Luego d'ella se ha apartado.
Contra ella hizo proceso;
A sus grandes ha pesado,
Mayormente á Don Enrique
Y tambien á sus hermanos.
Determinan todos juntos
De poner la Reina en salvo,
Porque estaba inocente
De lo que le es levantado.
El Rey tiene enojo d'ello,
Luego los ha desterrado;
Mató muchos caballeros
Los mas nobles y estimados.
Uno fuera el buen maestre
De Calatrava llamado;
Garcí Laso de la Vega
Caballero muy honrado;
Y en Córdoba esa ciudad
Mató á veinte jurados,
Otros muchos caballeros,
Y á Don Fadrique, su hermano.
A Don Diego y á Don Juan,
Niños, sus propios hermanos,
Tambien los hizo matar
Sin ser en nada culpados;
Y al buen Don Juan de Ledesma,
Y á Don Pedro ha degollado,
Y á Doña Leonor su tía,
Que de Aragon ha el reinado:
Y allá en Medina Sidonia,
A su mujer ha matado,
Esa Reina Doña Blanca,
Sin haber en nada errado.
Quemara á Doña Urraca,
Y tambien fuera asolado
Todo el linaje de Lara,
Tan antiguo y sublimado.
Don Gutierre de Toledo
Fuera muerto, y desterrado
Don Basco, el arzobispo
De Toledo, ese obispado.
Degolló á Don Alfonso,
Que Coronel fué nombrado,
Que fuera ayo del Rey,
¡Muy mal pago le había dado!
Y á Perálvarez de Osorio
Tambien le quitó su Estado;
Degollólo en Villa-nueva;
Tambien degolló á Don Sancho,
Y á Don Tello y Don Fadrique,
Sus hermanos son llamados.
Doña Leonor de Guzman

Tambien murió por su mano,
Y en presencia de su madre
Cuatro había descabezado,
Caballeros de valía
De España muy estimados:
Pero Estévan el maestre
De Calatrava maestrazgo;
Ruy Gonzalez Castañeda;
Alonso Tellez honrado,
Y Martín Alonso Tello.
Su madre, que lo ha mirado,
Turbada de tal crueldad
Como muerta había quedado;
Espantada está muy triste,
Desconsolada pasando;
Murió desde poco tiempo,
Vivió siempre lamentando
La crueldad que su hijo
Hizo como mal cristiano.
Mas estando en Montiel
Lo ha muerto ese su hermano:
Don Enrique se llamaba,
Y por rey se ha coronado.
Fué España muy alegre,
A Dios está alabando:
Los que él viviendo eran tristes,
Con su muerte se han gozado.

(SEPÚLVEDA, Romances nuevamente sacados, etc.)

EPOCA DE DON JUAN PRIMERO.

981.

DON JUAN PRIMERO DE CASTILLA SE SALVA DE LA BATALLA DE ALJUVARROTA EN EL CABALLO QUE LE DA PERO GONZALEZ DE MENDOZA, EL CUAL MUERE EN ELLA PELEANDO.

(Anónimo 1.)

—Si el caballo vos han muerto,
Subid, Rey, en mi caballo;
Si en pie no podeis tenervos,
Llegad, subirvos he en brazos.
Poned un pié en el estribo,
Y el otro sobre mis manos;
Catad que cresce el gentío:
Maguer fine yo, salvadvos.
Un tanto es blando de boca,
Bien como á tal sofrenado;
Non vos empache el pavor;
Dalde rienda y picad largo.
Lo que sembrastes en mi
Vos lo torno mejorado,
Que nunca la buena tierra
Negó el fruto ningun año.
Non vos obligo en tal fecho
Nin me fineis adeudado,
Que tal estatima deben
Á los reyes sus vasallos:
Y si es verdad lo que digo,
Non dirán los castellanos
En oprobio de mis canas
Que vos debo et non vos pago;
Nin las dueñas de Castilla,
Que á sus maridos fidalgos
Dejo en el campo difuntos,
E salgo vivo del campo.
Ménos causa tuvo Enéas,
Pues cuando fizo otro tanto,
Tan solo salvó á su padre,
Y al padre de todos salvo.
Pero si en la lid sangrienta,
Por la dicha del contrario,
En vuestro servicio, Rey,
Fincó yo fecho pedazos,
Á Diágo te os encomiendo;
Catad por aquel mochacho:
Sed padre é amparo suyo,

E Dios sea en vuestro amparo.—
Esto dijo el montañés,
Señor de Hita y Buitrago,
Al Rey Don Juan el primero,
Y entróse á morir lidiando.

(VEGA CARPIO, Comedia intitulada El caballo vos han muerto.)

¹ Este romance, muy popular y antiguo, lo intercaló Lope de Vega en su comedia, y se halla en el *Romancero general*; pero en lenguaje moderno, y con algunas supresiones.

EPOCA DE ENRIQUE III, EL ENFERMO.

982.

DE CÓMO ENRIQUE III, VIÉNDOSE POBRE Y DESPOJADO POR LOS GRANDES Y PRELADOS, LOS HACE RESTITUIR Á LA CORONA LOS BIENES, FORTALEZAS Y MANDOS QUE LA USURPARON.

(Anónimo.)

El enfermo rey Enrique,
Tercero en los castellanos,
Hijo del primer Don Juan
A quien mató su caballo,
Mozo de espíritu altivo
Y de corazón muy bravo,
Viniendo un día de caza,
Ayuno, cansado y flaco,
Halló que solo tenía
Para que cenase, un plato
De una espalda de carnero,
Y el balandran empuñado
Trujo el comprador mayor,
Por no haber en el palacio
A la sazón un real
Ni dario el depositario.
No quiere cenallo el Rey;
Pidió que le diesen algo,
Y tráenle una codorniz
Que el mismo Rey ha cazado.
Afirmóle el mayordomo
No hay mas, ni con que comprallo.
Serena el severo rostro,
La tierna barba trabando;
Con mil imaginaciones
Se sale de su palacio,
Y á la posada del conde
De Niebla se fué embozado,
Donde aquella noche estaban
Todos los grandes cenando.
Vido cómo les servían
Muchos faisanes y pavos.
Estuvo un rato suspenso,
Y aquesto considerando,
Dijo entre sí: — No soy Rey:
Lo que siendo Rey no alcanzo.—
Y diciendo estas razones,
Dió la vuelta á su palacio,
Do estuvo toda la noche
Su desempeño trazando.
Ya Apolo, dios de la lumbre,
Salió dorando los campos,
Cuando con un mayordomo
Llamó grandes y perlados
Que vengan á su aposento,
Fingiendo que estaba malo.
Vienen todos al momento
Seguros y descuidados:
Cierran al punto las puertas
Y la puente alzan en alto.
Aparécese la guarda
Puesta en orden en el patio,
Y el Rey en su real silla
Con el espada en la mano.
Entró en la sala el verdugo
Con el cuchillo y los lazos.

Diceles el Rey que mueran
Como traidores y falsos,
Pues el real patrimonio
Le tienen así usurpado,
Que no le dejan hacienda
Aun para el gasto ordinario.
La fiera espantosa imagen
De la muerte amenazando
Iba á aquellos caballeros,
Cuando el obispo Don Pablo
Enderezó sus razones
Al Rey enojado y bravo,
Ofreciéndole por todos
Restitucion, cuenta y pago,
Y en tanto que queden presos
Hasta estar efectuado.
Hay demandas y respuestas,
Y al fin quedó concertado
Que entregaran los castillos,
Renta y almojarifazgo,
Con lo cual quedó este Rey
Muy mas temido y honrado.

(Romancero general.)

985.

RUY DIAZ DE ROJAS, ALCAIDE DE ANTEQUERA, QUE TOMÓ
A ALMANSA, MATA UN MORO CABALLERO.

(De Lucas Rodriguez.)

—Vente á mi, el perro moro,
Que no á los niños muchachos:—
Dícelo porque en Almansa
Tres hijos le han encerrado.
Anda muy furioso el moro
Por el africano campo:
Derrama sangre cristiana
Como lobo encarnizado;
Toda la gente le huía
Con temor de velle airado.
Mirándole está Ruy Diaz
De Rojas, el afamado,
Que es alcaide de Antequera,
Y Almansa se le ha entregado
Aprieta pide las armas,
Y que le den un caballo,
Y tocado á la morisca,
Que siempre lo ha acostumbrado,
Sin poner pié en el estribo
En el caballo ha saltado.
Por el camino donde iba
Todo lo deja temblando,
Y el moro cuando lo vido,
Solo en velle ha desmayado.
El Alcaide valeroso
Que aguarde le va rogando,
Y se combata con él,
Qu'él solo le pide campo;
Mas el moro no pretende
Hacer lo que le es rogado.
Haciendo pié en el estribo
Hizo un golpe señalado;
Adarga y cuerpo le pasa,
Arzon y cuello al caballo:
Caballo y moro han caido,
Por la tierra van rodando,
Y el Alcaide valeroso
En un punto fuéapeado,
Y le cortó la cabeza
Con un agudo terciado,
Volviéndose para Almansa,
Seguro y muy sosegado,
Sin haber moro ninguno
Que se lo haya demandado.

(RODRIGUEZ, Romancero historiado.)

EPOCA DEL REY DON JUAN II, CON LOS ROMAN-
CES DEL DUQUE DE ARJONA Y DE DON ALVARO
DE LUNA.

984.

PRISION DEL DUQUE DE ARJONA.

(Anónimo.)

En Arjona estaba el Duque¹,
Y el buen Rey en Gibraltar:
Envióle un mensajero
Que le viniese á hablar.
Malaventurado el Duque
Vino luego sin tardar;
Jornada de quince dias²
En ocho la fuera á andar.
Hallaba las mesas puestas
Y aparejado el yantar,
Y desque hubieron comido
Vanse á un jardin á holgar.
Andándose paseando
El Rey comenzó de hablar:
—De vos, el duque de Arjona,
Grandes querellas me dan,
Que forzades las mujeres
Casadas y por casar;
Que les bebiades el vino,
Y les comiades el pan;
Que les tomáis la cebada,
Sin se la querer pagar.
—Quien os lo dijo, buen Rey,
No os dijera la verdad.
—Llamáisme á mi camarero
De mi cámara real,
Que me trajese unas cartas,
Que en mi barjoleta están.
Védeslas aquí, el Duque,
No me lo podeis negar.
Preso, preso, caballeros,
Preso de aquí lo llevad:
Entregadlo al de Mendoza,
Ese mi alcalde leal.

(Cancionero de romances.)

¹ Don Fadrique de Castilla y Castro, duque de Arjona, sucesor en la privanza y despojos de Ruy Lope de Avalos, fué mandado matar por Don Juan II, que despues hizo valldo suyo á Don Alvaro de Luna.

² Este verso y el siguiente se repiten al pié de la letra en varios romances.

985.

DON ALFONSO, CONDE DE RIBAGORZA, MAESTRE DE CALATRAVA, VIOLA UNA DONCELLA, DE QUIEN NACE DON JUAN DE ARAGON¹.

(Anónimo.)

El de la gran cruz de grana,
El Aquiles de Aragon,
El que sobre las estrellas
Su claro nombre fijó,
El vencedor por costumbre
Y por suerte vencedor;
El manso con los humildes
Y con los bravos leon;
Aquel valeroso Infante
De Ribagorza señor,
Espanto del agareno,
Del sarraceno terror;
El inclito Don Alonso
A quien jamas ofendió
Tiempo, envidia, olvido, muerte,
Ni el torpe temor rindió,
Entre el estruendo marcial
De la trompa y atambor
Un regalado cuidado
Le dió asalto y embistió.

ROMANCES DE DON ALVARO DE LUNA.

986.

VAGOS PRESENTIMIENTOS QUE ANUNCIAN Á DON ALVARO
DE LUNA SU CAIDA DE LA PRIVANZA DEL REY.

(Anónimo.)

Hablando están sobremesa
Con puridad y silencio,
Los ojos enternecidos,
Los ánimos inquietos,
La duquesa de Escalona
Y el Condestable del reino,
No como otras veces suelen
De placeres y contentos.
No daban gratos oídos
Al dulzor del instrumento,
Ni de gratos juglares
Gustan donaires y cuentos;
Que al corazon afligido
Cuando el alma da tormento,
No deja lugar vacío
Que no lo ocupe en el pecho.
Tomó el Maestre la mano,
Representando en su gesto
Una trágica desdicha
De sucesos verdaderos.
—No sé qué imaginacion
Contra mi dicha se ha puesto,
Que amenaza una caída
Hasta el mas profundo centro:
Poco á poco va faltando
Aquel resplandor supremo
Que á mi luna prestó el sol,
Y hoy en vez d'él presta duelo.
«Mas ay vida infelice y desabrida!
»Antes tormento sois que dulce vida!»
Fuí remediando al cipres
Que quiere subir al cielo,
Y halló mas cerca del rayo
El rigor de su elemento:
Prestóme, como á Faeton,
Su carro y caballos Febo,
Y de su fuego abrasado
En humo quedó deshecho.
En vencer mis enemigos
Nada á Josué me parezco,
Pues él venció con la luz,
Y yo con ella perezco:
De Nabucodonosor
En mi la estatua contemplo
De oro y polvo levantada.
Que deshecha vino al suelo.
Un declarado enemigo
Pone á mi vida estropeizo,
De la codicia engañado.
Nacido en el hondo infierno.
Dicen que se llama invidia,
Y aunque en rostro y talle es bello,
Viboras le despedazan
Ventre, entrañas, pecho y cuerpo.
Asiste en los tribunales
Y en los palacios soberbios,
Vistese de cortesía,
Trata con los lisonjeros:
«Mas ay vida infelice y desabrida,
»Antes tormento sois que dulce vida!»
Este contrario insufrible
Causa mi pena y tormento,
Que acomete acompañado,
Y yo, como solo, temo.
Conozco de sus astucias
Los engañosos rodeos,
Que las entrañas destruye
El alquitran de su fuego.
Prodigio soy de mi mano,
D'él no hujo aunque lo veo,

Aquel ceguezuelo isleño
Que de su estancia sacó
Al rector del monte Olimpo,
Y con él en tierra dió;
El mismo que á Marte airado
El celeste arnes rompió,
Sujeta, rinde, avasalla
Al que el mundo no bastó.
Un bello divino objeto
En la tierra le mostró,
Que á ignorar quién le habia hecho
Se conociera su autor.
Era una tierna doncella
De admirable perfeccion,
Tan honesta como noble,
Y extremada en discrecion.
Llámase Doña Maria
Junquera, que es producion
De la loable Cataluña
Para aumento de su honor,
A quien el famoso Infante
Con instancia pretendió
Con amorosas promesas,
Pero ninguna bastó.
Vistas las dificultades
De violencia se valió,
Que como amor es villano
Atrevérsele es mejor.
Iba el valeroso Infante
Con su ordinario valor
Componiendo en Cataluña
La confusa alteracion;
Y valiéndose, cual sabio,
De la loable ocasion,
A ciertos soldados suyos
Que la robanes mandó,
Con que el deseado fruto
De sus intentos cogió
Dando al mundo un nuevo Marte,
Que fué Don Juan de Aragon,
Que en el famoso condado
Dignamente sucedió,
Cuyo valor á la fama
Su memoria consagró.

(Romancero general.)

¹ El héroe de este romance artístico es Don Alonso de Aragon y de Navarra, primer duque de Villahermosa, hijo natural de Don Juan II, rey de Aragon y de Navarra. Fué por consiguiente sobrino de Don Juan II de Castilla, y hermano bastardo de Don Fernando el Católico. Su tío le confirió el gran maestrazgo de Calatrava; pero habiéndose indispuerto los reinos de Castilla con el de Aragon, el Maestre, favoreciendo á su padre contra su rey y señor, fué encausado y privado de la dignidad de Maestre, por sentencia del Capitulo de la orden de Calatrava. Sin embargo de esto, retirado á Aragon y formando un cisma, conservó el título de Maestre durante diez años, al cabo de los cuales, probando que hizo sus votos sin voluntad, obtuvo del Papa su nulidad, y se casó despues. Tuvo varios hijos, y Don Juan su primogénito continuó con sus descendientes el ducado de Villahermosa y el condado de Ribagorza. Su biznieto, Don Hernando de Aragon, fué aprisionado como presunto cómplice y actor en las turbulencias de Zaragoza, cuando el ruidoso proceso de Antonio Perez; y en la causa que se le formó por la Inquisicion, resulta por dicho de testigos, ahora tenidos como falsos, que descendia de raza de judíos, suponiendo que la mujer ó concubina de su ascendiente Don Alonso el maestro de Calatrava, era una hebrea vulgar, hija de un ropavejero, llamada Estenga Conejo, pero hermosísima mujer: la cual convertida se dijo Doña Maria Sanchez, segun Llorente en su *Historia de la Inquisicion*. El autor del romance, hecho en los últimos años del siglo xvi ó primeros del xvii, desechando esta anécdota tradicional de crónica escandalosa, hace objeto de la violencia del Maestre á una noble dama nombrada Doña Maria de Junquera, la cual fué robada por unos soldados y puesta á merced de su amante, quien, segun el poeta, hizo una gran hazaña, *Valiéndose como sabio— de la loable ocasion*, y engendrando así al Don Juan de Aragon, segundo duque de Villahermosa, cuyas hazañas ignoramos; pero que deberian ser heroicas, pues el poeta lisonjero da tanta importancia á la persona, que hace de su nacimiento la disculpa de un crimen brutal, inmoral, y hasta ejecutado con villanía, contra una dama bella, noble y virtuosa.

Temeroso que mi lumbre
Faltará por su cimiento.
No hallo iglesia segura,
Pues la puerta de su templo
Me ha cerrado el rey Don Juan,
Y á mi honor ha puesto hierro.
Volveré á mi suerte humilde,
Como la piedra á su centro,
Pues me ha dado como niño,
Y quitado como viejo.
¡Ay pompa humana del mundo,
Traída de los cabellos!
¿Cómo te gocé temprano
Para perderte mas presto? —
Mas adelante pasara
El llanto y sollozos tiernos;
Llegó del Rey un recado,
Y levantóse diciendo:
«Mas ay vida infelice y desabrida,
¡Antes tormento sois que dulce vida!»

(Silva de varios romances.— It. Romances de Don Alvaro de Luna, 3.ª parte, Pliego suelto.)

987.

AL MISMO ASUNTO.

(Anónimo.)

A Don Alvaro de Luna,
Condestable de Castilla,
El rey Don Juan el Segundo
Con mal semblante le mira.
Dió vuelta la rueda varia,
Troccó en saña sus caricias,
El favor en amenazas:
Privaba, mas ya no priva.
Ejemplo dejó en la tierra
Porque el hombre mire arriba:
No hay seguridad humana
Sin contradicción divina.
Una siesta, el Condestable,
Que dormilla no podía,
Con su secretario á solas
D'esta manera platica:
— Hoy el Rey no me ha hablado,
Miróme de mala guisa,
Dejáronme venir solo
Las gentes que me seguian:
Traidores me quieren mal
Y con el Rey me malsinan;
El es fácil, falsos ellos,
Venceránle si porfian.
— Condestable, mi señor,
El mar brama, el aire arrima
Tu nave á enemigas rocas,
Amaina porque no embista.
Sigue, cual la sombra al cuerpo,
A la privanza la envidia;
Aprisa subiste al trono,
¡Guarda no bajas aprisa!
La pompa humana tú sabes
Que engendra ambición malquista,
Pesadumbre, que en el aire
Está de un cabello asida.
A los pies del Rey te arroja,
Dile: — Señor, resucita
Este muerto á la tu gracia,
Pues fué tu gracia su vida.—
Grande amor nunca se acaba
Sin dejar grandes reliquias,
Que disculpen del amado
Agravios y demasias.
Tendrán tus amigos gloria,
Tus enemigos desdicha,
Tu verdad vitorias claras,
Claros penas sus mentiras.
La humildad todo lo vence
Con los reyes, las porfias

Son vaivenes peligrosos,
Dan miserable caída.—
Esto dijo el secretario:
Triste el Maestre suspira,
Diciendo que á Dios ensaña
El hombre que en hombre fia.

(Silva de varios romances.— It. Romancero general.— It. Romances de Don Alvaro de Luna, 1.ª parte, Pliego suelto.)

988.

QUÉJASE DON ALVARO AL REY DE QUE LE FALTA SU PRIVANZA, Y SE VE DESDEÑADO.

(Anónimo.)

El Maestre de Santiago,
De los privados ejemplo,
A los pies del Rey se arroja
Estas palabras diciendo:
— Bien se echa de ver, Señor,
Que hay falsos en tu consejo,
Pues que puede una traición
Mas que el amor en tu pecho.
Los haberes que me diste
Fuéron la causa, pues ellos
Dieron principio á la envidia
Que en este paso me ha puesto.
Fácil fuiste para darlos
Y fáciles se volvieron;
Que mercedes tan baratas
No tienen buen fundamento.
Esta cruz que me pusiste
Es la cruz que agora llevo,
Que el amor hizo suave
Y tu desamor tormento.
¡Bien tiene que ver el mundo
De mi terrible suceso,
Pues el que se vió á tu lado
Se ve á tus pies sin remedio!
No pido que me perdones,
Que contra tí no hice yerro,
Antes aquestos me pones
Porque parezca tenellos.
Contenta á mis enemigos;
Pero mira, Rey, que veo,
Pues que me matan sin causa,
No estés muy seguro d'ellos.
D'ellos te guarda, señor,
Que es en traidores muy cierto,
En haciendo una traición,
No parar hasta ser ciento.
A muerte estoy condenado,
Y de morir no me quejo,
Porque acabarse tenían
Cosas que no son del cielo.
Rico y próspero me he visto,
Pobre y cautivo me veo,
Lo uno para mi daño,
Lo otro por mi consuelo.
Ya mi luna está eclipsada,
Ya no da luz cual un tiempo,
Porque le ha faltado el sol,
Que le dió la luz que pierdo.
Sé que se trata en pedir
Limosna para mi entierro;
Yo cual alma te la pido
De aquel tu querido cuerpo.
Tu misericordia es falsa,
Tu justicia no la temo,
Pues voy delante de un juez
Mas justo y mas justiciero.—
Esto dijo el Condestable,
Y el Rey entró en su aposento
Sin respondelle palabra
A lo que estaba diciendo.

(Silva de varios romances.— It. Romances de Don Alvaro de Luna, 3.ª parte, Pliego suelto.)

989.

UN PAJE DE DON ALVARO LE ACONSEJA QUE HUYA LAS IRAS DE SUS ENEMIGOS Y DEL REY, MAS ÉI DESDEÑA EL AVISO.

(Anónimo.)

— Subid, señor Condestable,
En ese troton aprisa,
Fugiréis del Rey la saña
Que á daros la muerte incita.
Non vos fieis de fortuna,
Que cuido que horrible os mira,
Y es sin prudencia su rueda
Y os puede abatir de arriba.
Inconstantes son los hombres,
Sus palabras son fingidas,
Cautelosas sus mercedes
Y sus falagos mentiras.
Volved los ojos, Señor,
A las pasadas ruinas,
Y furtad el cuerpo agora
A la que vos viene encima.
Tenedes espejos claros
De mil pasadas desdichas;
El tiempo vos da lugar,
Las señales vos avisan.
De los privados lisonjas
Son afeitadas mentiras,
Y cuido que han de ser sombra,
Pues el Rey su gracia os quita.
A las pasadas mercedes
Non mireis, que ya declinan,
Y enredan un hombre bueno;
Non vos fieis mas: fugidlas,
Que á la corriente furiosa
La saña del Rey imita,
Con cuyo raudal veloz
Lo mas alto se derriba.
Pensad que habedes subido
A extremo de la desdicha:
La levantada privanza
Vos amenaza caída.
La muerte viene con alas
Puestas las faldas en cinta:
Non hay plazo que non llegue,
Ni deuda que non se pida.
De envidia una oscura nube
Vuestros reflejos eclipsa,
Y d'esos divinos rayos
La luz de privanza quitan.
Muchos grandes conocéis
Que vos tienen grande envidia:
El Rey es fácil, vos solo,
Guardad non vos fagan minas;
Que en la casa de los reyes
Como la ambición domina,
Anda solapado el odio
Y causa grandes ruinas.
La Reina os quiere dar muerte
El Rey el segur afila;
Dalde lugar en que quiebre
El tiempo sus graves iras.
Non vos sujetéis á fierros
De las cárceles esquivas,
Que enemigo aherrojado
Mas á su contrario aviva.
Non seáis en vuestras cosas
La flor de la maravilla,
Que crece al salir el sol,
Y el mismo sol la marchita.
Activad la aguda espuela,
Mirad non vos falten cinchas,
Que mas que ruego de buenos
Os importa la fugida.
Dad oído á mis razones,
Que el amor la lengua incita:
Dejad la Corte y fugid,
Que esperar non acredita.—
Esto dijo al gran Maestre

T. XVI.

Un paje que le servia;
Non curó de él, y durmióse
Recostado en una silla.

(Silva de varios romances.— It. Romances de Don Alvaro de Luna, 3.ª parte, Pliego suelto.)

990.

PRISION DE DON ALVARO. — PIDE VER AL REY, SIN CONSEGUIRLO.

(Anónimo.)

El Rey se sale de misa
De Santa Maria la Blanca;
Don Alvaro el condestable
Con otros lo acompañaba.
Dijole el Rey, en llegando,
Con enojo estas palabras:
— Partíos de aquí, Condestable,
Que por vos me desacatan:
Por creer vuestros consejos
Mal me quieren en España;
Si por ende hacedes otro
Hariades en ello saña.—
Ya se parte el Condestable,
Ya se vuelve á su posada,
Amenazando á los grandes
Que al Rey tan mal informaran.
En la noche á la su cena
Diego Góter recio entrara;
Dijole: — Catad, señor,
Que por todo Búrgos anda
Cómo habedes de ser preso
El miércoles, que es mañana:
Cabalgá en la mi mula
Que yo vos sacaré en ancas
A la puerta de San Juan
Cubierto con la mi capa.—
El Maestre se turbó,
Dijole que bien hablaba;
Pidió una copa de vino
Con unas peras asadas:
Como las hubo comido
Adormido se quedara.
Dijole Diego Góter
Saliese, que se tardaba:
Dijérale, anda, vete,
Que voto á tal que no es nada.
A la mañana otro día
Cartagena se levanta:
Vió venir Don Alvar Zúñiga
Con doscientos hombres d'armas.
Fué á despertar al Maestre;
El Maestre luego s'arma.
Dijole: — Tu padre avisa
Que por él cercan la casa:
Castilla, viene diciendo,
Libertad el Rey demanda.—
El Maestré al gran ruido
Asomóse á una ventana.
Dijo: — ¡ Hermosa gente es esta! —
Mas luego dentro s'entrara,
Que le tiró un ballestero,
Y por muy poco le errara.
El combate fué tan recio
Que no hay cosa que le valga.
Acordó darse á prision,
Así como el Rey lo manda.
El Rey pasaba á comer,
Iba allí el obispo de Avila;
Vióle asomar el Maestre,
Y como le vió así l'habla;
El dedo puesto en la frente
Dijera con voz muy alta:
— Para esta, Don Obispillo,
Que la pagueis bien doblada.—
El Obispo respondiera
Con miedo al velle con saña:

—Por las órdenes que tengo,
Señor, yo no os culpo en nada,
Ni os tengo mas cargo d'esto
Que os tiene el Rey de Granada.—
Envió el Maestre al Rey
Le escuchase una palabra:
El Rey le envió á decir
Se acuerde le aconsejara
Que á hombre que prendiese
Nunca le muestre la cara.

(Silva de varios romances.)

991.

TRASLADAN PRESO Á DON ÁLVARO Á VALLADOLID, Y EN EL CAMINO LE ANUNCIAN UNOS FRAILES SU MUERTE.— SUS CONTRARIOS LE ULTRAJAN.

(Anónimo.)

Ya le sacan del Portillo
Con muy gran caballería,
A Don Alvaro de Luna,
Condestable de Castilla.
Sácalo Diego de Zúñiga,
Qu'él en guarda lo tenía,
Muy cercado de hombres d'armas
Y de gente muy lucida.
Llévanlo á Valladolid,
Que así el Rey lo prevenía,
Y al llegar junto á Tudela
Le salieron á la vía
Ciertos frailes del Albroy,
Y fray Alonso de Espina,
Un reverendo maestro
En santa teología.
Cuando los vido el Maestre,
Muy mala señal sentía;
Mas los frailes le aportaron,
Fray Alonso le decía:
—Mirad, hijo, qu'este mundo
Pasa como fantasía,
Y da muy mal galardón
Al que mejor le servía.
Recibid pues con paciencia
La muerte que os acudía
En pago de los delitos
Que habeis hecho hasta este día;
Pedid perdón muy humilde
Y con el alma contrita
Al Omnipotente Dios,
Que es lo que mas os cumplía.—
Con estas tales razones,
Y otras que así le decía,
Llegan á Valladolid
A las tres horas del día,
Y llévanlo á aposentar
A las casas do vivía
Alonso Perez Vivero,
Qu'el Maestre muerto había.
Allí la mujer y hijos
Con gran rabia le decían:
—Aquí pagarás, Maestre,
La tu grande villanía:
La muerte del buen Vivero
Hecha con alevosía.—
Oyendo aquestas razones
Gran pena y dolor sentía,
De ver cuál se holgaban todos
Del gran mal que le venía.
Estuvo en estas prisiones
Hasta que el sol se ponía,
Y luego en anocheciendo
Lo llevan, que así cumplía,
A cas Don Alonso de Zúñiga,
Los frailes en compañía,
Y mucha gente de guarda
Que en la casa no cabía.

(Silva de varios romances.)

992.

SENTENCIA Á SU PESAR EL REY Á MUERTE Á DON ÁLVARO DE LUNA, Y ESTE OYE SU SENTENCIA.

(Anónimo.)

En el tribunal supremo,
Un lúnes triste y amargo,
Está Don Juan el Segundo
Justicia representando.
Doce jueces de su reino,
De su consejo de Estado,
Hacen relación del hecho
Con un proceso de agravios;
Y despues de haber leído
Lo de pro y lo de contrario,
A Don Alvaro sentencian
A un funesto cadabalso;
Y pidiendo el Rey la pluma
Dice: — ¡Ay tiempo contrario,
Cuántas veces te tomé
Para darte honrosos cargos,
Y ahora por solo uno,
Que sabe el cielo si es falso,
Buen Condestable, te quito
Honra, vida, sér y estado!—
Fué á firmar, cayó la pluma;
Y en el YO paró la mano,
Y no pudo EL REY poner,
Porque estaba el Rey llorando;
Y limpiándose los ojos
Le dijo á su secretario:
—Extiéndase mi poder,
Mas que á ser un Rey, humano.
¿Mas cómo, si humano soy,
Hoy al cielo he sentenciado
A que le quiten la luna?
¡Cruel sentencia y duro fallo!
¡Mas ay, que entre ella y el sol
Se ha puesto un negro nublado,
Que los vapores de envidia
No pueden romper sus rayos!—
Firmó la sentencia el Rey,
Y dejando sus estrados
En su real retrete llora
A su amigo y fiel vasallo.
Despues de esto el fiel Maestre
De aquel gran pastor Santiago,
En lugar de la venera
Y del precioso lagarto,
Se echó luego las cadenas,
Para andar solo dos pasos
Que hay de la cama á la cruz,
Consuelo de sus naufragios.
Sintió que abrian las puertas
Que cierran cuatro candados,
Y dice: — Hoy, Luna, señores,
Pues entra el sol en tu cuarto.
En esta obscura prision
Tus rayos me han alumbrado,
Y pues ya sobre el sol miras
Sin duda es el postre cuarto.
Hoy, Luna, importa que des
Al mundo mayores rayos,
Pues siempre la luz mas luce
Cuando alumbra por milagros.
Cuando era nuevo en favores
Creció mi curso tan alto,
Que dijeron: «Nunca llena,»
Los envidiosos: «abajo.»—
Los que en la privanza sois
Estrellas del cielo cuarto,
¡Mirad, que en mi tiempo tuve
Señal del mal fin amargo!—
Con esto aplicó la oreja
A la voz del secretario,
Y oyó la injusta sentencia,
Sin apelacion ni embargo.

(Romances de Don Alvaro de Luna, 1.ª parte, Pliego suelto.)

993.

JUICIO Y SENTENCIA DEL CONSEJO CONTRA DON ÁLVARO, AL CUAL SE LA COMUNICAN; ÉL LA RECIBE RESIGNADO, Y SE PREPARA Á MORIR.

(Anónimo.)

El año mil cuatrocientos
Cincuenta y dos ha pasado
Del muy santo nacimiento
Del Hijo de Dios sagrado.
Presidentes y oidores,
Y todo el real senado,
Están viendo un proceso
De crimen muy sustanciado
Contra Don Alvaro Luna,
Del Rey Don Juan gran privado.
Visto y revisto por todos
Y muy bien examinado,
Dan una cruel sentencia,
Todos en uno acordando
Que le priven de sus tierras,
Que le quiten sus estados
De condestable en Castilla,
De maestro de Santiago,
De conde de Santisteban,
A Trujillo y su ducado,
Y que vuelva á la corona
Del Rey, de do fué usurpado.
Y atentos á sus delitos
Y á los males que ha causado,
Mandan que le saquen luego
Como hombre reo y culpado,
A la voz del pregonero
Que publique el mal que ha obrado,
Por las calles de la Villa,
Y lo lleven al mercado,
Y que á fuer de hijo-dalgo sea
En la plaza degollado,
Y que pongan su cabeza
Con un clavo allí hincado,
Y que esté allí nueve días,
Sin ser de nadie quitado,
Porque á otro sea escarmiento,
Y sea bien castigado:
Sin ninguna apelacion
Manda sea ejecutado.
Vánselo á notificar
Al Maestre desdichado
A casa de Alonso de Zúñiga
Do él estaba encarcelado,
El cual dijo que lo oía,
Muy sereno y no turbado;
Pues qu'el Rey era contento,
Qu'él era tambien pagado.
Luego confiesa y comulga
Con un fraile, gran letrado;
Pide algo de comer
Porque estaba desmayado.
Trujéroule pan y guindas,
Y del vino le han sacado.
Tomó tres ó cuatro d'ellas
Y del pan solo un bocado;
Mas bebió una vez de vino
Y antes de habello tragado
Asentóse en una silla,
No muy quieto de cuidado:
Así esperaba la muerte
Muy triste y desconsolado.

(Silva de varios romances.)

994.

EL REY FIRMA VACILANTE LA SENTENCIA DE MUERTE CONTRA DON ÁLVARO.

(Anónimo.)

El segundo rey Don Juan
Turbado toma la pluma

Para firmar la sentencia
De Don Alvaro de Luna,
Y viendo que siete letras
Son en deshacer su hechura
Que con mercedes tan altas
Tan igual hizo las suyas,
La real mano le tiembla,
La veloz lengua le turba;
Que el amor que está en el pecho
Mal los hombres disimulan.
— ¡Ay! dice, ¿cómo es posible
El cielo permita y sufra
Que quien tantas firmas hizo
Solo las deshaga en una?
¡Ay Don Alvaro mezquino!
¡Grande fué tu desventura,
Pues aunque te amó un rey
Todo su reino te culpa!
Bien te librara del reino,
Que en perseguirte se aúna;
Mas sois, Don Alvaro, solo,
Y sus envidias son muchas.
Sobre la mar de mi gracia
Te alzaste cual blanca espuma,
Que lo que tarda en hacerse,
Eso solamente dura.
Confiastes en el tiempo
Que á los confiados burla,
Que es con los males de plomo,
Y con los bienes de pluma.
Esta sentencia que firmo,
Hoy contra mí se ejecuta;
Que si eres hechura mia,
Hoy se deshace mi hechura.—
Firmó poniendo la D,
Vióla, y dijo: — Letra dura,
Borrarte quiero...; mas no,
Que el horror tristeza anuncia.—
Puso la O y la N,
Y como vió parte junta,
Dijo: — No es don, y si lo es,
Es desdicha y no ventura.—
Acabó poniendo el JUAN,
Y luego arroja la pluma,
Diciendo: — Quiebro esta flecha
Que me ha muerto con la punta.—
No pudo hablar mas palabra,
Que la garganta le añudan
Las lágrimas que pretenden
Salir de su pecho juntas.
Echó el proceso en el suelo,
Y en su retrete se oculta,
Y el secretario con eso
Parte á la prision obscura.

(Silva de varios romances.— It. Romances de Don Alvaro de Luna, 1.ª parte, Pliego suelto.)

995.

NOTIFÍCASE Á DON ÁLVARO LA SENTENCIA DE MUERTE Y DE DESPOJO DE SUS BIENES, HONORES Y ESTADOS.

(Anónimo.)

Ilustrísimo señor,
Vuestra Excelencia perdone,
Y pues es fuerte, resista
De la fortuna los golpes.
Secretario soy del Rey,
Y el Rey, mi señor, mandóme
Que de la triste sentencia
Os relate estos renglones.
Pésame, porque es de muerte,
Y de muerte tan inorme:
Estadme atento, señor,
Que así dicen sus tenores:
«Yo el famoso rey Don Juan,
»Segundo de aqueste nombre,
»Mando lo siguiente cumplan
»Les de mi palacio y corte.